

Queridos animadores de grupos juveniles y jóvenes:

Nos hemos adentrado en la gran Semana Santa para tener la oportunidad de meditar y contemplar el misterio pascual de Cristo, nuestra esperanza, siendo Él, el Resucitado, la más hermosa juventud de este mundo (cf. *CV* 1). Con su muerte y resurrección descubrimos no sólo el sentido de la fe, sino que nuestra propia vida y la de nuestros familiares, vecinos, amigos y compañeros de escuela, vienen a ser colmadas del amor que nace de tal misterio. Y es que la experiencia cristiana brota de la confianza de Jesús en el Padre. Una confianza que, incluso en el aparente abandono de Dios, se fundamenta en la libertad de aquel joven de Nazaret que por amor no dudó en dar la vida por todos los hombres.

La historia de salvación cuenta con hombres y mujeres, muchos de ellos jóvenes, que abandonándose en Dios supieron esperar en Él. Cada uno, según el momento que le tocó vivir, descubrió su Presencia viva y lo que le pedía, y a ella respondió. También hoy, en medio de esta situación en la que vivimos y a la cual no estamos acostumbrados, Dios nos interpela misteriosamente una vez más. ¿Qué querrá decirnos? ¿Qué querrá decirte a ti precisamente? Respuestas a tales interrogantes meritan tiempo, silencio, oración, escucha y fe. Los santos de la Iglesia no se hacen famosos por ser “milagrosos”, cuanto por la comunión que tuvieron con el Señor durante su vida y por la respuesta que dieron a ella comprometiéndose con los demás. Esa es la santidad siempre nueva, es la santidad joven del Evangelio: escuchar a Dios en el hoy de la historia para servir y comprometerse con los demás. En esto consiste el amor más grande, en descubrir cuánto nos ha amado Dios para poder dar la vida por los demás (cf. *Jn* 15,13). Pero, ¿qué significa en estos días *dar la vida por los demás*? Una frase saturada en estos tiempos lo resume: #quedarseencasa. Quedarse en casa como desde hacía tiempo no lo hacía.

Es curioso cómo “casa” en hebreo se dice *bet* (בַּיִת), la segunda letra del alfabeto, que por su forma y por su función, es símbolo de acogida. En el lenguaje bíblico, tiene el doble significado de indicar, sea edificio, sea un conjunto de personas. Y esto viene a ser expresado muy bien en *2Sam* 7, cuando el profeta Natán cuenta el oráculo de Dios al rey David: “*No serás tú quien construirás una casa a Dios, sino que será Dios quien consolidará tu casa*”. Es hermoso pensar que Dios nos toca en las liturgias solemnes de la catedral, en los grandes encuentros o en los días de retiro, pero también se manifiesta en la vida cotidiana. Y es que, en este tiempo, la casa, nuestras casas, no han sido sólo lugares donde cobijarnos para protegernos de cualquier contagio, sino que se han convertido en puertas abiertas hacia Dios, porque Él nos habla ante todo allí donde somos nosotros mismos, donde estamos con quien nos conocen realmente.

Es la casa el primer lugar de la proximidad de Dios. De hecho, las primeras buenas noticias del Evangelio de Lucas suceden en “casas”. El anuncio del ángel a María ocurre en un lugar de intimidad, y no en el templo, sino tal vez en su propia casa. Después sale de ella y va rumbo a la casa de su prima. Y allí es donde la vida celebra su fiesta, sus dramas, convirtiéndose para María e Isabel en el lugar de la liturgia más verdadera: aquella que proclama las maravillas de Dios. Dos madres construyen un santuario de oración en la casa, la convierten en lugar de alabanza al cielo. Porque es en la casa donde suceden los eventos

decisivos de la vida, donde dejamos que otros toquen nuestra existencia, nuestros problemas, nuestras alegrías... Hacer casa es compartir con el otro y tocarlo. Significa construir, generar juntos, perdonar, reencontrar nuevas formas de convivencia; significa saber dialogar, escuchar, y cuando es necesario, callar. La casa es el lugar de la buena batalla del amor familiar y de la reconciliación entre sus miembros. La casa es el lugar más privilegiado donde Dios se hace prójimo, se hace vecino, porque Él nos habla ante todo a través de los rostros de las personas que están a nuestro lado, nos mira con los ojos de las personas que viven bajo el mismo techo.

Ahora que todos tenemos la oportunidad de descubrir el paso de Dios por nuestras vidas y nuestros hogares, la pastoral juvenil diocesana, quiere hacer uso de este espacio, de tu propia experiencia de fe y de tu ingeniosa creatividad en estos días santos del triduo y durante el período pascual para invitarte a no descuidar tu formación. Teniendo en cuenta lo que vives con los tuyos, lo que compartes, lo que rezas, lo que meditas, lo que haces, lo que ves, lo que lees... date también el tiempo de formarte como lo has venido haciendo durante el año. Para ello te invitamos a continuar con el itinerario del libro de Confirmación y del Youcat, pero esta vez dejando en tus manos una guía de ayuda que te permitirá no sólo autoformarte, sino además compartir tus conclusiones en el Facebook de la PJ diocesana a través de tu animador o de algún amigo de tu propio grupo cristiano.

Dos veces por semana, jueves y domingos, recibirás la guía de formación, comenzado desde el Jueves Santo. En ella encontrarás la formación propia del día y la invitación a hacer un reto en relación con el tema tratado. Anímate a vivir en conexión espiritual la Pascua del Señor. Es la primera vez que vivimos una Semana Santa y un Tiempo pascual inusual. Atrévete a dejarte tocar por Dios junto a aquellos que te han visto nacer y crecer. Atrévete a celebrar las maravillas del Señor en medio de tu familia. Sé también para ella presencia viva de un Dios de misericordia, de un Dios que puede cambiar la vida. Sé testigo en medio de los tuyos de Aquel que por amor murió y resucitó.

Feliz Semana Santa y sigue dándole continuidad a tu formación.

Equipo diocesano de Pastoral Juvenil de Santiago de Cuba.

Santiago de Cuba 8 de abril de 2020.